

El domingo 2 de abril, sobre las ocho y veinte minutos de la mañana, un maquinista creyó ver la vía férrea de Lérida a Tarragona, unos tres kilómetros antes de Artesa, algo que a él le pareció un cadáver. Su impresión no había sido falsa. Dos cuerpos jóvenes, partidos por la mitad, estaban entre los rieles, sobre las cunetas. Hasta la tarde no fueron identificados. Los familiares de Juan José Gómez Vargas y Francisco Saureu Prim, que iban a denunciar su desaparición, descubrieron por qué ninguno de los dos muchachos habían ido a dormir la noche anterior a su casa. El hecho se conoció rápidamente en Lérida y fue el tema más debatido por la población los primeros días de la semana. Como no ocurría desde hace mucho, las ediciones de los periódicos del martes y miércoles fueron agotadas rápidamente. Aunque la Policía había creído al principio en un accidente, la gente parecía segura de que un crimen cruel había tenido lugar en la noche del sábado al domingo.

Las víctimas

Juan José Gómez Vargas tenía dieciocho años. Hijo de ferroviario, trabajaba en la Cooperativa de Crédito Mutual. Vivía con sus padres y su hermano mayor en la calle Ingeniero Callers en un barrio suburbial de casas feas y pobres construidas para los empleados de la Renfe.

Francisco Saureu Prim tenía dieciséis años y estudiaba segundo curso del primer grado de Formación Profesional en el colegio Angel Montesinos. Sus padres son labradores que viven cerca de Lérida en una de las numerosas torres de la zona de Rufeá. Para llegar a la masía hay que coger la carretera y después desviarse por un camino hermoso, escoltado por árboles frutales y zonas de regadío. Es la rica vega del Segre que estos días ha visto aumentado su caudal por las numerosas lluvias de las últimas semanas.

Se conocieron hace siete meses. Juan José se había quedado solo, ya que de sus dos amigos, uno se había ido al servicio militar y el otro se había marchado fuera de Lérida. Su madre le dijo a la de José Luis, un vecino de diecisiete años, si podían salir juntos sus hijos. Aunque se conocían de verse por el barrio hasta entonces no habían tenido una especial amistad. José Luis —la familia no quiere que se publique el apellido— estudia Formación Profesional y era compañero de Francisco. A través de él se conocieron los dos muchachos muertos. Entre los tres surgió una amistad fuerte y mataban sus fines de semana por los bares de la ciudad, no

porque les gustara beber, sino por estar en algún sitio. Algunas veces iban a Alfés para divertirse con el aeromodelismo. Otras echaban a volar sus aviones desde el silo próximo al barrio de la Renfe. Pero, poco a poco, José Luis se fue distanciando de sus dos amigos porque le gustaba más estar en casa entretenido en el pequeño taller que tiene montado en su habitación. "Me aburría de estar tanto en los bares sin hacer nada".

Una intensa amistad

Juan José decía que no se encontraba a gusto en casa y prefería la calle. Y a Francisco le ocurría lo mismo. Los sábados y los domingos se presentaba a buscar a su amigo a las diez de la mañana. Alguna vez se había quejado la madre de Juan José porque era muy temprano.

La amistad entre los dos muchachos se iba afianzando con esa intensidad de la que sólo son capaces los adolescentes. Todos los días por la mañana se encontraban cuando uno iba al trabajo y otro al estudio. Hacían un trecho del recorrido juntos y, en la puerta de la Cooperativa de Crédito Mutual, se despedían hasta el día siguiente.

Los dos eran aficionados a la pa-

rasicología, tema que, sin embargo, a José Luis no le gustaba. Últimamente los veía menos y ni tan siquiera le habían contado que Francisco había solicitado trabajo en el Banco que trabajaba Juan José. Unos días antes de su muerte "El Payés" se había entrevistado con el director de la sucursal. "Tuve ocasión de hablar varias veces con él. La primera cuando vino a verme para ver se había alguna vacante en esta entidad. Hablamos durante un rato y me dijo que volvería para facilitarme sus datos para poder enviarlos yo a Barcelona a fin de que mis jefes aprobaran o no su ingreso como botones. Hace escasamente una semana volví a recibirlo y hablamos sobre lo mismo. Es posible que hubiera podido coger la plaza".

Juan José ganaba 28.000 pesetas en su trabajo. Estudió varios años de piano y en sexto lo dejó. Sus primeros amigos eran compañeros del Conservatorio. Pero ya no estaban. Ahora su nuevo amigo intentaría trabajar en el mismo sitio. Para independizarse económicamente. O tal vez para verse más a menudo, para sentirse acompañados en un mundo que no permitía más que el encuentro madrugador y el desgarrar las horas libres en la monotonía pesada de cuatro bares. Aunque el que más le gustaba era el Eheyton, un "pub" elegante —la

elegancia de los "pubs" españoles, claro— con restaurante en el piso de arriba. Les gustaba el Sheyton, contaría después la madre de Juan José, porque decían que no era ruidoso y que se podían quedar varias horas charlando sin tener que consumir, en un ambiente grato y cómodo para los que no tienen un trozo de casa propia donde refugiarse.

En semana santa se fueron juntos a pasar unos días a casa de una tía de Juan José. "Estuvieron aquí charlando y Francisco se fue a su casa a preguntar si le dejaban hacer el viaje. En seguida llamó diciendo que podían ir a sacar los billetes porque su padre le había dado ya el dinero".

Cuenta la madre de Juan José que volvieron muy felices de El Ferrol. Les gustaba el marisco y habían comido mucho. Dijeron que les gustaría volver en el verano.

El último día

El sábado 1 de abril el cielo estaba gris en Lérida y en cualquier momento podía aparecer la lluvia. Como todos los sábados, Juan José y Francisco estuvieron juntos toda la mañana. Luego se fueron a sus casas a comer. El viernes por la tarde José Luis también los vio juntos. El estaba en casa —"soy muy



Sobre la vía del tren de Lérida

MUERTES PARALELAS

GONZALO GOICOECHEA

casero" — y sobre las siete de la tarde se asomó por la ventana y los vio caminar por la calle llena de baches y desangelada. Después, Francisco cogería su bicicleta y bordeando el río se dirigiría al otro extremo de la ciudad; por una pequeña carretera y luego un camino de campo fértil, llegaría a la torre de su familia, donde durmió la última noche de su vida. Al día siguiente también cogió la bicicleta, la de todos los días, para llegarse hasta Lérida. Por la tarde la dejó en una casa de alquiler como siempre. Sobre las tres y media se encontró con Juan José en el bar de la estación de autobuses donde solían quedar habitualmente sin necesidad de decirlo.

Antonia —tampoco quiere que se publique su apellido— los vio sobre las seis y media. "Coincidí con ellos

lunes no se hablaba más que del crimen de los dos "chiquets". Digo crimen porque decían crimen. De las tres posibles razones de la muerte —suicidio, asesinato, accidente— la última fue rechazada desde el comienzo tanto por la gente como por los informadores. La Policía, que en un principio, al ser preguntada por los periodistas, dijo que era un accidente más, también comenzó sus investigaciones. Entre el asesinato o el suicidio, la mayoría parece inclinarse por el asesinato. Pero todo es oscuro y datos hay para cualquiera de las dos soluciones. Vísceras y restos de los muchachos fueron enviados al Instituto Anatómico Forense, de Madrid, para investigar las causas de la muerte y saber con aproximación la hora en que se produjo. Hasta el momento —lunes, 10 de abril, por

da comenzaron a soltar un fuerte aguacero a las nueve menos cuarto de la noche. Con diferente intensidad, a ratos, siguió lloviendo hasta la madrugada del domingo. El lugar donde fueron encontrados los mutilados cadáveres no tiene fácil acceso. Unos tres kilómetros antes de Artesa, de Lérida, hay que dejar la carretera y adentrarse por un camino durante dos kilómetros hasta que se cruza con la vía en un paso a nivel sin barreras. Después, torcer a la derecha, siguiendo la vía unos cincuenta metros. El camino estaba embarrado. Sin embargo, los zapatos de los chavales estaban limpios. Y los tenían puestos. Parece ser que en los accidentes de este tipo los zapatos, en la contracción de del cuerpo antes de la muerte, son expulsados, y en la mayoría de los casos los cadáveres aparecen descalzos. Francisco y Juan José tenían los zapatos puestos. Y limpios, insisto. ¿Qué es lo que hicieron a partir de las seis y media de la tarde, cuando fueron vistos por Antonia?

Solían ir al Karting, un lugar donde numerosos jóvenes leridanos gustan ir para montar en el circuito o hacer un poco de hípica en el trocadero próximo. El Karting dista del desvío hacia la vía tres kilómetros y 400 metros. Parecía lógico que, después de ver el de la salida del Rallye Lérida, los dos amigos pasaran por el Karting. Pero el sábado siguiente la única persona —una señora del bar— que garantizaba que el 1 de abril al menos Francisco había estado allí dijo que era a primera hora de la tarde. Otro muchacho dijo reconocer al "payés", pero no a Juan José. Francisco iba mucho por allí y se quedaba mirando los coches.

Es decir, que es posible que los chicos estuvieran el sábado en el Karting, pero antes de las seis y media que fue cuando vieron a Antonia.

Un crimen sádico. O también un accidente de coche, cuyo conductor, como coartada, lleva los cadáveres a la vía y después desaparece. También pudieron ser testigos de algo que para que saliera bien necesitaba que no existieran. El pueblo de Lérida cree que algo de esto pudo haber ocurrido. Llegar a la vía con coche no era difícil. Y luego, sólo cincuenta metros. La lluvia pudo borrar cualquier huella. La Policía y los medios judiciales se niegan a aventurar ninguna hipótesis, aunque reconocen tener numerosas pistas. Hay quien incluso habla de un crimen común, pero con fines políticos. Simplemente para atemorizar a la población y darle sensación de inseguridad. Muchas personas pedían en la ciudad energía para terminar con los asesinos de los dos amigos. Una interpretación

antifascista, tal vez un poco paranoica, pero que ahí esté. Ni Juan José ni Francisco habían tenido la más mínima actividad política en la Lérida coto para los fascistas.

Los zapatos estaban limpios en medio de un barrizal. Ninguno de los dos adolescentes tenía medio de transporte.

Suicidio

También la hipótesis del suicidio tiene bastante fuerza. Junto a la indignación —miles de personas asistieron a los funerales—, las gentes comentaban y comentaban. Una amistad tan fuerte. No salían con chicas. Tiene una gran atracción literaria la idea de un suicidio romántico. Según sus compañeros, el viernes Francisco dijo que se podían quedar con el material de dibujo que les habían prestado, porque no lo iba a necesitar más. ¿Era una despedida? ¿O se había comprado material nuevo? Nadie lo sabe.

Hay muchos adolescentes que se suicidan. Dos juntos es más difícil. Y es extraño que no hayan dejado una nota de despedida, algo acusatorio contra la sociedad. Es extraño también el lugar donde murieron. Son varios kilómetros de visibilidad los que hay allí. Los que buscan la muerte bajo el tren lo suelen hacer en las curvas, para que no los puedan ver mucho tiempo antes. Juan José era hijo de ferroviario. En la misma Lérida hay muchos sitios mejores para morir seccionado por las dos mil toneladas de una máquina de tren. Claro está que la lluvia, la oscuridad, el paseo por el campo ayudan a la puesta en escena. Aficionados a la parapsicología y derivados y adyacentes, ¿buscaban alguna trasmutación, alguna reencarnación, algún hecho no científico, pero sí creíble para mentes ansiosas de creer cuando lo que les rodea no les gusta?

Los dos chavales eran muy introvertidos. Según sus conocidos, Francisco apenas hablaba, y Juan José "hablaba mucho pero no decía nada".

Es más bello que un asesinato creer en la autoinmolación de dos adolescentes sensibles aterrorizados por su erotismo minoritario, descubierto en su joven, pero profunda amistad. Es más bello. Pero ¿y los zapatos limpios en medio de tanto barro?

El Juzgado de Primera Instancia e Instrucción número 1 de Lérida ha abierto sumario para intentar aclarar esas misteriosas muertes. El sábado 8 de abril medios judiciales decían que en cinco o seis días habría alguna solución al caso. ■ (Fotos cedidas por "La Mañana", de Lérida.)



Francisco Saureu Prim, izquierda, dieciséis años, estudiante del primer grado de Formación Profesional, y Juan José Gómez Vargas, dieciocho, trabajador en la Cooperativa de Crédito Mutual.

en el puente, en dirección al centro de la ciudad. Estuve poco tiempo con ellos. Lo que nos costó terminar de cruzar el puente y detenernos en la salida del Rallye Lérida. Ellos se quedaron y me invitaron, pero no pude porque tenía cosas que hacer". Es la última persona que los vio todavía vivos. ¿Qué hicieron después? ¿Qué pasó desde las seis y media del sábado hasta las seis del domingo? Esa era la hora que marcaba el reloj de uno de ellos cuando fueron encontrados los cadáveres. Esa noche el horario se adelantó una hora. Es posible entonces que fueran las siete. El reloj era automático y no necesitaba que se le diera cuerda.

Incógnitas, hipótesis

En el mercado de Lérida, donde cada mañana se reúnen los payeses para vender sus productos, el

la mañana—, no se conocen los resultados.

Los dos muchachos eran de costumbres regulares, y entre las diez y media y las once de la noche volvían los sábados a sus casas. Ese sábado, su amigo José Luis se había marchado con su padre a Barcelona. Su madre, su abuela y su hermano pequeño estaban viendo la corrida de toros por la televisión cuando —"serían las doce, no, las doce menos cuarto"— llamaron al timbre. Era la madre de Juan José, preocupada porque su hijo no había vuelto todavía a casa. A la misma hora los padres de Francisco intentaban ponerse en contacto con ella para preguntar si sabía algo de su hijo.

Asesinato

Las espesas nubes que el primer día de abril cubrían el cielo de Lérida